Globethics Repository



África y el Nuevo Orden Económico Internacional [Africa and the New International Economic Order]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Cadman, Atta-Mills
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-02 07:18:13
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222272

Nueva Sociedad Nro.39, Noviembre- Diciembre 1978, pp. 34-40

África y el Nuevo Orden Económico Internacional

Atta-Mills, Cadman

EL ORDEN ECONÓMICO ACTUAL Y AFRICA: UNA RESEÑA CRITICA DE LA ULTIMA DECADA Y MEDIA

A pesar de la diversidad de las políticas oficiales (estrategias para el desarrollo) reconocidas, la última década y media fue testigo de la consolidación del capitalismo periférico en todos los países africanos sin excepción. Su característica principal es clara: un desarrollo dependiente dentro del contexto del sistema capitalista mundial, con lo cual el desarrollo en Africa se convierte en un producto dependiente del Occidente industrializado. Este contexto es el que explica, en primera instancia, el pobre rendimiento (cualquiera sea el punto de referencia) de las economías africanas durante la última década y media, y lo que determinó que se incluyera la reestructuración del orden internacional en la agenda de las discusiones internacionales un nuevo orden exigido no sólo por los países africanos, sino también por todas aquellas naciones periféricas cuya dependencia dentro del orden actual no les ha permitido ni alcanzar a Occidente, como les había sido prometido, ni sentar las bases para un desarrollo autónomo autosuficiente, tan deseado por algunas de ellas. Pero, en primer lugar, es necesario hacer una reseña de los antecedentes y establecer nuestra tesis de que los rendimientos pobres de los últimos 15 años no son más que la manifestación de las limitaciones del crecimiento dirigido desde el exterior dentro del orden internacional actual.

Según la Comisión Económica para el Africa, (CEA), "a principios de los años setenta, el rendimiento económico total de los 41 países africanos en desarrollo, independientes, medido por la producción total de bienes y servicios, continúa dando motivos de preocupación". En los hechos, esta preocupación tiene una base muy sólida: en 1972 la tasa total de crecimiento fue sólo del 5.4%, con un todavía más pobre 4.0% para 1973. En términos **per cápita** , la tasa de crecimiento para los años 1971-1972 fue sólo del 2.6%. Sin embargo, esta cifra oculta un hecho importantísimo: en 16 países el PBI en realidad disminuyó. Estos son los 16 países que según la CEA "registraron, o bien tasas negativas, o bien menores que la tasa promedio de crecimiento de la población". De hecho, la mayor parte del crecimiento en las cifras totales se debió solamente a 10 países, entre los cuales nadie se sorprenderá de encontrar los nombres de Nigeria, Libia, Argelia, Costa de

Marfil y Gabón. Debemos señalar también que, de hecho, 1971-1972 fue, más bien, un buen año para la norma africana, como lo demuestra ampliamente el registro de la década de 1960-1970. A excepción de la subregión del Africa Oriental (que registró tasas promedias de crecimiento del 6.0% en la década de 1960-1970 frente al 3.9% en 1971-1972), en todas las otras subregiones (Oriental, Norte, Occidental y Central, de acuerdo con la clasificación de la CEA) la tasa de crecimiento del consumo en el PBI de 1971-1972 (a precios de mercado constantes de 1970) mostró un progreso definido sobre los promedios de la década de 1960-1970. En total, la tasa de crecimiento del 5.4% de 1971-1972 se compara con un promedio de sólo 5.0% para la década de 1960-1970. La discrepancia es aún mayor si lo medimos a los costos de los factores constantes de 1970: 6.1% en 1971-1972 frente a un promedio de crecimiento del 4.7% en la década de 1960-1970, y un 3.9 y 4.3% en 1970-1971 y 1972-1973, respectivamente. Por tanto, el cuadro es bastante claro. En todas partes se observan tasas de crecimiento endebles y rendimientos económicos extremadamente irregulares (en términos de crecimiento) tanto a través de los países dentro de cada región como en el tiempo.

No debería sorprender a nadie que la causa principal para el progreso relativo en las cifras de crecimiento de 1972 haya sido el incremento bastante grande en el valor de las exportaciones (18% en total). Es indudable que, desde la incorporación de las economías africanas al sistema capitalista mundial, la fuerza conductora de estas economías ha sido siempre externa a estas sociedades; por ejemplo, el precio del cacao, el del petróleo y el de las importaciones (como son las fluctuaciones del mercado mundial).

Sin embargo, para poder entender lo expresado anteriormente, es decir, los rendimientos económicos endebles e irregulares y la correlación obligatoria entre al rendimiento del sector de las importaciones y el rendimiento de la economía, es necesario recordar, al menos, los aspectos predominantes del sistema mundial al cual se integraron las economías africanas.

EL CONTEXTO: LA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

Desde el mismo comienzo del capitalismo (aquí incluimos el periodo inmediatamente anterior al surgimiento y consolidación de un capitalismo industrial maduro en los países centrales, es decir, el mercantilismo), la acumulación de capital se dio siempre a escala mundial. Fue un proceso a través del cual se adaptaron y se les asignaron tareas específicas a varias partes del globo para producir, o para hacer posible la producción, de un superávit para su

acumulación capitalista. El papel del Africa en este proceso está ahora muy bien documentado y su primera fase abarca desde finales del siglo XVI hasta el XVIII. En esta fase se llevó a cabo una acumulación primitiva de la riqueza en lo que hoy es el centro desarrollado del sistema capitalista mundial. Las repercusiones de esta fase (mercantilismo) en Africa son bien conocidas; allí, la mercancía fue el hombre mismo y no el trabajo. La esclavitud en Africa significó una despoblación masiva (especialmente de los miembros más jóvenes y capaces de las sociedades), lo que resultó, entre otras cosas, en una disminución de las técnicas agrícolas y artesanales, y en la acentuación de los conflictos tribales y grupales cuando la caza de esclavos se transformó en un pasatiempo provechoso. Esta fase estableció los elementos para que Africa perdiera su autonomía, así como, posteriormente, ésta, comenzó a ser moldeada por las necesidades de las economías y sociedades metropolitanas (mercantilismo en ese estado particular), y por la modalidad de la acumulación del capital en el centro del sistema en general.

El advenimiento de la revolución industrial en Europa - habiendo sido creadas las condiciones históricas para el capitalismo industrial a través del surgimiento de una fuerza de trabajadores asalariados desposeída en Europa, que posibilitó la transformación provechosa de la riqueza monetaria en capital - significó el fin de la esclavitud para Africa. Pero, al mismo tiempo, había un nuevo papel para la desgracia africana; el de suministrar productos agrícolas y materias primas baratas para la maquinaria industrial europea. Sin embargo, este nuevo papel tendría que esperar dos desarrollos que permitirían su intensificación y eficiencia; este fue el comienzo de la colonización formal y de la concentración del capital en el centro a escala suficientemente grande, de manera que permitiera su exportación al extranjero, habilitando, de este modo, la producción local. Por supuesto, la colonización formal aseguró que los africanos desempeñarían los papeles que les fueron asignados; es decir, el de trabajadores asalariados en las minas y plantaciones de propiedad europeas, y el de productores directos de las exportaciones agrícolas. Los medios usados fueron la tributación (en dinero), la expropiación de las tierras los trabajos forzados, etc. Por supuesto la industrialización fue sistemáticamente negada a la periferia africana, ya que era superflua, dado el papel previsto para Africa dentro del orden internacional. Nosotros sostenemos, además, que, a pesar de casi dos décadas de independencia política para un número de países africanos. el papel del Africa dentro del orden internacional no varió significativamente.

La división internacional del trabajo, que siempre acompaña a la acumulación del capital a escala mundial, culmina en cierto número de aspectos específicos que son

característicos del orden mundial: un desarrollo irregular a escala mundial, y la aparición de países capitalistas periféricos (subdesarrollados, subordinados y deformados) como complemento histórico necesario al centro desarrollado del sistema capitalista, es decir, los países capitalistas industriales maduros de Europa y América. Hoy, incluso el observador más superficial del sistema internacional, no puede fallar en confirmar esta tesis que fue, hasta ahora, categóricamente rechazada por los economistas teóricos burgueses, satisfechos como están con la repetición interminable de una teoría falsa del desarrollo lineal, que considera a los países capitalistas periféricos, en un estado de transición hacia un capitalismo industrial totalmente maduro.

En la periferia africana, las normas de la división internacional del trabajo que requerían, y todavía requieren, productos primarios baratos en intercambio por unos pocos bienes manufacturados, tuvieron consecuencias dramáticas. Por una parte, significó la pérdida del control (en todo sentido) sobre sus propias materias primas, siendo incapaces de dictar las condiciones para su explotación o el ritmo de esa explotación. Por otra, la estructura de la producción dentro de cualquier país africano en particular, no tiene una correspondencia con la estructura del consumo interno; esta situación conduce al hecho bastante anómalo de que, siendo los países africanos predominantemente "agrícolas", sean áreas en las que faltan alimentos - las mejores tierras, recursos, créditos, etc., están disponibles sólo para el cultivo de productos agrícolas de exportación. Esto ocasionó transferencias masivas de los superávit, tanto abiertas (es decir, beneficios repatriados) como ocultas (es decir, transferencia de precios e intercambio desigual). También produjo un desarrollo y un crecimiento irregular, no sólo a nivel continental (habiendo sido prácticamente dejados de lado los países mediterráneos) sino también a nivel de las diferentes regiones dentro de un mismo país, viéndose obviamente favorecidas las áreas costeras y las regiones con un buen potencial para la producción de bienes agrícolas para la exportación. No necesitamos subrayar, que esto es precisamente lo que confirma la experiencia de la última década y media.

En un artículo anterior, Samir Amin puso de relieve que une de las manifestaciones de la limitación del crecimiento orientado desde el exterior (además de la correlación entre el rendimiento de sector de las exportaciones y el aumento registrado en el PBI) es la crisis estructural dual de las finanzas públicas y de la balanza de pagos. La crisis en las finanzas públicas, lejos de ser la realización concreta de una idea de los burócratas africanos, es el resultado del aumento necesario en el consumo público proveniente de las necesidades de infraestructura

y de educación (así como de las necesidades militares para mantener la ley y el orden internos) originadas en la integración al sistema capitalista mundial. Al mismo tiempo, como lo demuestra el permanente bajo rendimiento de las economías africanas, esta integración limita la expansión de la base material del país. Existe también una tendencia inevitable hacia un déficit en las cifras del comercio exterior, porque, junto con una creciente orientación hacia las exportaciones y con la limitación de la variedad y de la cantidad de los bienes producidos para el consumo del mercado interno, se produce una expansión en la diversidad de los bienes demandados cuando el PBI aumenta y/o cuando la distribución de los ingresos se torna más desigual. Las afirmaciones de Samir Amin se ven ampliamente confirmadas por la experiencia de los últimos 15 años. Porque a pesar de que 1972 fue, relativamente, un buen año para las exportaciones africanas, 28 países tuvieron déficit comerciales sustanciales. En el área de las finanzas públicas, cada vez hay más países que se ven obligados a depender de préstamos y subvenciones para balancear sus presupuestos.

Por supuesto, cometeríamos un olvido, imperdonable si no mencionáramos que la experiencia no fue en general mala para todos los países o incluso para grupos sociales dentro de cada país. Paralelamente al creciente empobrecimiento de la mayor parte de los productores directos, hay grupos indígenas poderosos que se beneficiaron de la deformación de las economías a causa de su orientación hacia las exportaciones. Entre estos grupos incluiríamos una clase capitalista agraria surgente, así como una burguesía burocrática estatal. Nadie podrá tampoco discutir seriamente, la relación entre la creciente opulencia de una minoría y el creciente empobrecimiento de la mayoría. De hecho, esto es precisamente lo que llevó a varios países a reclamar cambios profundos dentro del sistema y lo que, al mismo tiempo, frustró, hasta la fecha, cualquier intento de modificar radicalmente el sistema.

ÁFRICA Y EL NUEVO ORDEN ECONOMICO INTERNACIONAL

El mismo hecho que los países capitalistas periféricos estén reclamando la instalación de un Nuevo Orden Económico Internacional es, para nosotros, una prueba suficiente de que el antiguo orden (con su estructura de relaciones económicas internacionales) no logró colmar las aspiraciones de esos países. Más aún, la lista de propuestas de un nuevo orden internacional, que proviene del Tercer Mundo y que llega a varias reuniones internacionales, debería ser tomada en cuenta, aunque más no fuera porque ella señala con precisión áreas conflictivas dentro del antiguo orden e identifica las preocupaciones de los países periféricos

con respecto al futuro. Dicho esto, está claro que no tenemos que aceptar que todas las áreas conflictivas señaladas en estas proposiciones tienen el mismo grado de importancia; el resto de esta breve nota dirigirá su atención, precisamente, a intentar establecer una jerarquía de temas sobre los cuales concentrarse.

Nuestro punto de partida, es que para el Africa (así como para muchos otros países del Tercer Mundo) el desafío del desarrollo debe ser mirado como una continuación de la lucha política por la independencia total. Así planteado, este es el antecedente y el contexto histórico de la fase actual de la división internacional del trabajo, y estamos convencidos que las contradicciones fundamentales entre los Estados dependientes y los imperialistas no han desaparecido. También estamos convencidos que el desafío del desarrollo requiere:

a) como condición necesaria, un desprendimiento, respecto del sistema capitalista mundial, y

b) una transformación radical de las estructuras económica, social, institucional y política de los países africanos dominados.

Más aún, el desprendimiento es sólo posible dentro de un marco de sistemas socialistas, organizados sobre la base de vastas regiones autosuficientes. Debemos señalar también, que este es un punto de vista compartido cada vez por más científicos sociales, así como por una no insignificante minoría de gobiernos africanos.

Estamos convencidos, por lo tanto, que independientemente del orden internacional, las batallas fundamentales deben darse a nivel de cada país africano internamente, y no en foros internacionales. Estas batallas deben realizarse para lograr una transformación fundamental en las estructuras social, política e institucional dentro de los países en cuestión. Sin embargo, para asegurar que el compromiso de los países africanos dentro del sistema internacional sea real, y continúe siéndolo dentro de un futuro predictible, es necesario revisar las metas para determinar cuáles de ellas servirán para avanzar en el logro de los objetivos de más largo plazo, cuáles no influirán en él, y cuáles frustrarán el logro de esos objetivos señalados anteriormente.

De la serie de resoluciones adoptadas en las diferentes reuniones realizadas para instalar un Nuevo Orden Económico Internacional, observamos que una de las principales preocupaciones de los países del Tercer Mundo fue la de eliminar todas

las barreras comerciales internacionales en funcionamiento, para permitir, en primera instancia, el aumento de las exportaciones de productos tradicionales a precios reales ventajosos y no, como hasta ahora, en descenso (el problema de la indización), así como para permitir la exportación de productos tradicionales semiprocesados y de productos manufacturados hacia los países desarrollados. Esta preocupación fundamental de los países del Tercer Mundo confirma, obviamente, nuestra afirmación anterior en el sentido de que el antiguo orden sólo usaba a los países capitalistas periféricos como suministradores de materias primas agrícolas no procesadas a precios reales bajos y en permanente descenso. Más allá de esto, notamos que la interrelación entre las tres demandas no puede ser pasada por alto, y remitimos al lector a la critica sensible elevada con este propósito por Ayi Foly Kouevi de la Comisión Económica para el Africa (entre otros), tanto al realismo de las propuestas como a la posibilidad de que ellas formen la base de un nuevo orden, no importa cuán radical éste sea.

Pero Samir Amin había ya anticipado esta proposición cuando señaló, en un articulo anterior sobre "Desarrollo y Cambios Estructurales en Africa", que la vía del desarrollo, basada principalmente en la orientación de los productores hacia bienes de consumo primarios e industrias extractivas para la exportación, era muy limitada (aunque más no sea porque todo el Tercer Mundo no puede satisfacer adecuadamente el aumento de la demanda internacional por esos productos). Los bienes de consumo primarios semiprocesados y los bienes manufacturados tampoco enfrentan mejores perspectivas en los mercados de los países avanzados. Se nos hace difícil creer que el centro desarrollado del sistema capitalista pueda absorber una mayor cantidad de bienes manufacturados (teniendo en cuenta los provenientes de Japón Taiwan, Hong-Kong, etc.), sin realizar cambios estructurales sustanciales y políticamente costosos dentro de sus sociedades mismas. El amplio testimonio de este hecho es el vasto conjunto de barreras puestas ya en funcionamiento para desalentar tales exportaciones. Por supuesto a largo plazo esto significaría, nada menos, que una dependencia acentuada respecto de los mercados de los países avanzados, con todos los riesgos que ello significa; y sería directamente contrario a la aspiración de lograr un desarrollo autónomo y autosuficiente.

Pero, ¿qué hay de los objetivos a corto plazo? La indización de los precios de los bienes primarios de consumo sólo tiene sentido como una medida a corto plazo para estabilizar los precios de las materias primas, permitiendo así a los importadores de estos ítems mantener sus beneficios por las exportaciones así como su capacidad de importar servicios esenciales en una fase de transición hacia

la autosuficiencia - y esto es sólo compatible con un volumen constante o decreciente de tales exportaciones, de ninguna manera con un volumen creciente. Por lo tanto, ello induciría a todos los exportadores de ciertos bienes primarios de consumo a trabajar en conjunto para controlar el volumen de tales exportaciones y exigiría el establecimiento de mecanismos adecuados para compensar a aquellos países que pierden como resultado de la restricción del volumen de las exportaciones. Sin embargo, es en esto precisamente que los países del Tercer Mundo mostraron una mayor timidez en los foros internacionales. La llamada estrategia "gratuita" de usar los superávit del petróleo de la OPEP para financiar reservas de compensación de todos los otros bienes primarios de consumo, simplemente no dará resultado, a pesar de ser la que más atrae la atención en los foros internacionales.

Si todas las otras propuestas del Tercer Mundo se toman en su sentido literal sin considerar las transformaciones estructurales internas que ellas implican seria igualmente fácil desecharlas como poco conducentes, o no conducentes, a lograr un desarrollo autónomo y autosuficiente. En efecto, el tema de la transferencia de tecnología no es un tema en sí mismo, aislado de la meta de crear una capacidad tecnológica autóctona que se deriva de las necesidades impuestas por una canasta de consumo nacional. Más aún, la mayor parte de los países del Tercer Mundo quiere creer que es posible lograr la transferencia real de los recursos del centro desarrollado de los países capitalistas hacia ellos. La lista de ayudas, préstamos, subvenciones, asistencia militar, etc., brindadas por los países del centro desarrollado del sistema capitalista al Tercer Mundo habla por sí misma; incluso durante los mejores momentos del sistema capitalista, no se alcanzó nunca la meta de la ayuda. Por lo tanto, está claro que ahora que el sistema esta en crisis, los países avanzados apenas realizarán un esfuerzo especial para favorecer a los necesitados del Tercer Mundo. Incluso si se garantizara tal requerimiento, no importa por qué causa (obligación moral, una reparación por los siglos de explotación sin freno, etc.), no está claro que a los países del Tercer Mundo les interesaría sujetarse a una nueva forma de dependencia, a través de la cual sus planes de desarrollo se llevarían a cabo sobre la base de un reconocimiento constante, por parte del centro desarrollado, de su obligación de ayudar a los países más pobres. Por supuesto, si se aceptara realmente esta propuesta, lo cual no es posible, constituiría, de hecho, un Nuevo Sistema Económico Internacional; es decir, uno basado en el reconocimiento de la existencia de intereses comunes entre las diversas partes del sistema internacional, y no en la explotación de una de sus partes para beneficio de la otra. Pero esto presupondría un cambio en la naturaleza del sistema capitalista; es decir ya no sería un sistema capitalista con

una contradicción fundamental entre las dos partes. Esto es precisamente, lo que no puede darse.

Sin embargo, hay una propuesta, proveniente del Tercer Mundo, que nosotros creemos que constituye una base real para la lucha contra el subdesarrollo tanto a corto como a largo plazo, que no dependen de la disposición de lo países desarrollados (con los que ello tienen aspiraciones encontradas) a otorgar concesiones. Esta propuesta es la referente a la soberanía inalienable de Tercer Mundo sobre sus recursos naturales. Si se reconociera internacionalmente esta soberanía sobre los recursos naturales, el mundo aceptaría, automáticamente, los derechos de estos países a regular su explotación, conservación y comercialización, de acuerdo con sus propias metas de progreso económico y social.

Esto significaría la explotación y comercialización de estos recursos para satisfacer las necesidades del desarrollo a inmediato y más largo plazo de los países involucrados y no, como hasta ahora, las necesidades de los países avanzados o los beneficios inmediatos de las compañías extranjeras involucradas en su explotación. Si los países del Tercer Mundo tomaran seriamente esta propuesta, se sentaría la primera base real para lograr la autonomía. Crearía una situación, por medio de la cual la relación económica exterior dependería de las necesidades de la transformación económica interna, y no a la inversa; ello sentaría también las bases para un eventual desprendimiento del sistema capitalista mundial, sustituyéndolo por la autosuficiencia, incluso a nivel de cada país africano. En un artículo anterior, insistimos en que este es, de hecho, el único contexto dentro del cual se puede plantear el problema de la cooperación entre los países del Tercer Mundo; esto es, el contexto del desprendimiento individual de cada país del sistema capitalista mundial que todo lo determina. Todavía mantenemos este punto de vista, ya que solamente dentro de este contexto se pues de plantear, sin ambigüedad. el problema económico clave, sobre cuál es la mejor forma de organizar los recursos (ya sea nacionalmente o dentro de un programa de autosuficiencia colectiva) y la producción social para satisfacer las necesidades de la mayor parte de la población nativa.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 39, Noviembre- Diciembre, 1978, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**